

PROPIEDAD Y CONTROL DE LA TIERRA DE LAS MUJERES: SISTEMAS DE GÉNERO EN EL BAJO PIURA RURAL¹

Gina Alvarado M.
Pontificia Universidad Católica del Perú
Maestría en sociología

1. INTRODUCCIÓN

Esta investigación busca examinar los límites del impacto del componente de cotitulación del Programa Especial de Titulación de Tierras (PETT) en la propiedad y el control de la tierra por sexo.

A pesar de los cambios registrados en la sociedad rural, la propiedad de la tierra aún guarda importancia, especialmente en aquellas sociedades donde la agricultura es una de las principales actividades, como el Bajo Piura rural. Sin embargo, existe una diferencia entre tener un título de propiedad y ejercer el derecho de controlar ese recurso, un tema que se hace especialmente evidente en el caso de las mujeres. Autores como C. Deere y M. León dan cuenta de este tema para América Latina y explican cómo, aunque la igualdad formal en los derechos de propiedad ha sido parcialmente conseguida, ésta no ha redundado en una igualdad real en la distribución de los bienes económicos entre hombres y mujeres.² Este trabajo implica no sólo analizar el proceso de obtención del título de propiedad sino también los componentes culturales que explican la desigualdad entre los hombres y muje-

1. Debido al tipo de información requerida para el desarrollo de nuestra investigación, se decidió usar dos tipos de instrumentos de recolección de datos: una encuesta y varias entrevistas semi estructuradas. La recolección de información se llevó a cabo en tres etapas: en el año 2001 se realizó una encuesta con el apoyo y financiamiento del Cipca; en una segunda etapa, entre finales del 2001 y comienzos del 2002, se efectuaron entrevistas en algunos centros poblados; y en una tercera, durante el mes de febrero del 2003, se hicieron más entrevistas. Un agradecimiento especial a Blanca Fernández y a Patricia Oliart por sus lecturas y comentarios, a Julio Portocarrero por sus comentarios desde el punto de vista antropológico y por la dureza de su crítica, a pesar de nuestra amistad y cercanía, y a Bruno Revesz y a todo el Cipca por su apoyo (en financiamiento, tiempo, aliento y comentarios) en la primera parte del trabajo que se realizó en esa institución. Patricia Fernández, querida amiga y compinche, compartió el trabajo de campo conmigo.

2. C. Deere y M. León, *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*, Flacso-Ecuador y Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM, 2002, segunda edición.

res para disponer y decidir sobre el uso de este recurso. El Bajo Piura rural es básicamente agrícola. En un espacio como éste, participar en las decisiones sobre los recursos principales (la tierra y el agua) involucra tomar decisiones económicas, políticas y sociales y, por lo tanto, constituye una fuente de poder.

En el caso estudiado, el análisis del impacto de las reformas en el tema de tierras implicó responder a tres preguntas centrales: en primer lugar, si el sistema de género limita el impacto del PETT en el acceso y control de la tierra y el agua por parte de las mujeres del Bajo Piura rural; en segundo lugar, por qué ocurre esto; y finalmente, cuál es el impacto del componente de cotitulación de tierras del PETT en ese acceso y control.

1.1 LA IMPORTANCIA DEL TEMA

Desde los años ochenta, las activistas de los derechos de las mujeres rurales han centrado una parte de sus esfuerzos en el tema de los derechos de propiedad de la tierra. Esto se ha reflejado en dos niveles. En un primer nivel, en el ámbito del derecho se ha conseguido (principalmente desde 1995) que las principales organizaciones internacionales reconozcan los derechos de las mujeres a acceder y controlar la tierra, la vivienda y la propiedad, y en el ámbito nacional, se ha comenzado a reconocer la importancia del componente mujer en los actuales proyectos de titulación de tierras, aunque éste es un proceso más lento. En un segundo nivel, en el trabajo de las ONG se ha incorporado a nivel de la práctica y la promoción el componente mujer, algo que en un segundo momento se ha transformado en una preocupación por cambiar las relaciones inter-géneros en las intervenciones.

Los avances en el ámbito internacional y nacional han sido diferentes en lo que se refiere al derecho formal. Mientras que en la Conferencia de Beijing, en la Segunda Conferencia Internacional de Asentamientos y en las Naciones Unidas se reconoce el derecho de las mujeres a la propiedad y éste se define como la obtención de derechos legales concernientes a la tierra, vivienda y propiedad, en el ámbito nacional, los avances sólo han implicado lograr la cotitulación de las tierras a través de algunos programas, como el PETT para la esfera rural. De igual manera, en la práctica existe una brecha entre los derechos formales obtenidos y la distribución real de los bienes económicos por sexo, un tema documentado en investigaciones como las de Deere y León.³

En realidad, el problema es complejo en los países en vías de desarrollo, como el Perú, en la medida en que las mujeres rurales carecen no sólo del derecho a la propiedad de la tierra sino incluso de una documentación básica, como el documento nacional de identidad, lo cual implica que el reto de promocionar el derecho a la propiedad pase primero por lograr avances en la identificación de las mujeres.

3. Ibid.

Un punto complementario, aunque de vital importancia, es el problema de la tenencia de la tierra,⁴ que más que como un derecho es definida como una construcción social, y que de esa forma se diferencia del derecho a la propiedad. Así, la tenencia de tierra o un sistema de tenencia de tierras se define como «el conjunto de relaciones de tenencia que está interrelacionado con otras estructuras e instituciones sociales, incluyendo estructuras familiares y sistemas de herencia...».⁵ De esta forma, estudiar el problema de los derechos de propiedad trasciende el ámbito del derecho formal e involucra llevar a cabo un análisis no sólo del proceso de obtención del título de propiedad sino también de los componentes culturales que explican la desigualdad entre los hombres y mujeres para disponer y decidir cómo usar el recurso tierra, así como para decidir asuntos sobre la familia, como las actividades que se realizan en ella, entre otros aspectos.

Los trabajos de investigación sobre este tema son escasos, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, siendo los principales el pionero de Argawal, *A field of one's own*, y el de Deere y León titulado *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. Los acompañan algunas publicaciones regionales y nacionales que registran los avances y las limitaciones en los derechos de propiedad y la situación de la mujer rural con respecto a ellos.⁶ En esos documentos se llama la atención sobre la postergación de las mujeres respecto de la propiedad de la tierra así como sobre la necesidad de rescatar el tema que ha sido dejado de lado incluso por la academia feminista para dar paso a las preocupaciones sobre la participación política y la ciudadanía.

Entre los argumentos centrales de Deere y León figuran cuatro puntos importantes para esta investigación: 1) existe una discrepancia entre los avances en la igualdad formal de los derechos de propiedad entre los hombres y las mujeres y la igualdad real en la distribución de los bienes económicos entre estos actores; 2) los derechos de propiedad son social e históricamente contruidos. El derecho es una construcción social que refleja los valores y concepciones de justicia; 3) además de los derechos de propiedad formales, existen de manera informal otros mecanismos que limitan el acceso de las mujeres a la tierra, como por ejemplo aquellos considerados en la definición de la tenencia de tierra; 4) el acceso a la tierra de las mujeres rurales tiene una importancia crítica para su sobrevivencia, en la medida en que les

4. C. Deere y M. León, en el libro ya citado *Género, propiedad y empoderamiento*, se refieren de manera distinta a la categoría que nosotros hemos definido como «tenencia de tierra». Ellas usan el término «acceso a la propiedad» para referirse a los arreglos informales para obtener tierra, lo que probablemente se relaciona con la traducción del término *tenure*. Para efectos de esta investigación, *tenure* se traduce como tenencia y se usa en la definición que presentamos en esta sección.

5. United Nations Centre for Human Settlements (Habitat), *Women's rights to land, housing and property in post-conflict situations and during reconstruction: a global overview*, Land Management Series N° 9, Nairobi: UNCHS, 1999.

6. En el país, éstas son principalmente las publicaciones de Blanca Fernández, editadas por el Centro Flora Tristán.

facilita un bien económico y la posibilidad de realizar una actividad económica, y les protege de situaciones de abandono. La propiedad sirve también como una protección frente a un shock de ingresos, entre otros factores.

En el Bajo Piura rural, donde la actividad principal es la agricultura, el acceso a la tierra y su control se asumen como uno de los principales elementos para poder ejercer una actividad económica. Sin embargo, el uso de la tierra agrícola está condicionado a la participación del usuario en las organizaciones de riego, lo cual no sólo implica el derecho básico a ejercer una actividad económica sino que también está relacionado con la toma de decisiones sobre la localidad. El participar en los comités de regantes y en las juntas de usuarios de riego abre también espacios para la toma de decisiones que involucran no sólo el uso de la tierra sino al conjunto de los agricultores.

Algunos trabajos evidencian que los derechos de uso del agua, al igual que los de la tierra, son derechos socialmente construidos. Como señalan Boelens y Zarteveen, «están íntimamente ligados a la organización social y cultural existente así como a las relaciones de autoridad y de poder...». ⁷ Este vínculo implica, a su vez, que son espacios en los cuales las diferentes dimensiones de las diferencias socialmente construidas se ven reflejadas. De ahí que diversos estudiosos hayan prestado atención a los conflictos interétnicos e interclase resultado de las luchas por el acceso al recurso, así como al funcionamiento de esos sistemas. ⁸ Aunque los temas abordados en esos estudios son muy diversos, todos concuerdan en que, por ejemplo, el problema del riego en la costa es diferente al de la sierra, en la medida en que mientras que en la primera el agua de riego se utiliza a través de las juntas de usuarios y los comités de regantes, en la sierra existe una serie de instituciones comunales y grupales cuyas características son diferentes. ⁹

A pesar de los diversos temas que abordan estos estudios, la dimensión del género, que también afecta a este derecho, ha sido sólo parcialmente estudiada y documentada. ¹⁰ En el ámbito del Perú, destacan los estudios de Kome ¹¹ y de los ya citados Boelens y Zarteveen, sobre la costa y la sierra, respectivamente. Ambos

7. R. Boelens y M. Zarteveen, «Las dimensiones de género en los derechos de agua», en R. Boelens y P. Hoogendam (eds.), *Derechos de agua y acción colectiva*, Lima: IEP, 2001, p. 117.

8. Ver, por ejemplo, los trabajos de Gelles, Cancino y Valcárcel o las ponencias publicadas en los números de Sepia.

9. E. Zegarra, «La investigación social sobre el manejo del agua de riego», en *Sepia IX. Perú problema agrario en debate*, Lima: Sepia, Cies, Care y Oxfam, 2002.

10. En los trabajos existentes son mayoritarias las sistematizaciones de proyectos de participación de las mujeres en proyectos de riego. Ver, por ejemplo, la compilación realizada por Jenny Melgar, *Perspectivas de género y rol de la mujer en la gestión de recursos hídricos en el altiplano*, Lima: Cied, 2002, y/o el trabajo de Ricardo Claverías, *Género e interculturalidad en los proyectos de riego*, Lima: Cied, IDRC, 2002.

11. A. Kome, «La copropiedad de la tierra, el derecho de uso de agua y el derecho de asociación en las organizaciones de usuarios del norte del Perú», en *Sepia IX. Perú problema agrario en debate*, Lima: Sepia, Cies, Care y Oxfam, 2002.

estudios concuerdan en el vacío de la investigación nacional sobre el tema del manejo del agua con una perspectiva de género. El debate en torno al agua de riego es de por sí complicado, ya que encierra múltiples dimensiones y se centra generalmente en los aspectos técnicos del manejo del recurso. Sin embargo, la importancia de trabajar el tema del género en el manejo del recurso se hace evidente en dos ámbitos: el del acceso a la tierra; y en el hecho de que participar en las instancias de manejo del agua implica no sólo tomar decisiones sobre ese recurso sino también sobre otros temas del ámbito local.

Del debate sobre las mujeres, la tierra y el agua se concluye que la propiedad de la tierra y el acceso a ella es un derecho fundamental; siendo parte de los principales derechos económicos, civiles y sociales, constituye un derecho humano. Las mujeres, por lo tanto, son sujetos de ese derecho. Aunque en el ámbito internacional se ha avanzado en ello, en el nacional, el progreso ha sido más lento. En el caso de las mujeres rurales, en el Perú lo que se ha hecho hasta ahora es incluir la copropiedad en el programa de titulación de tierras.

Los estudios demuestran que existe una brecha entre el derecho formal y la costumbre. Este problema implica que, aunque en la práctica existen avances en el derecho formal, este proceso no se refleja en una distribución más igualitaria de los bienes económicos entre hombres y mujeres. Lo mismo ocurre en el caso del agua.

Lo anterior ha sentado las bases para promocionar los derechos de propiedad de las mujeres rurales así como su derecho a participar en las organizaciones de riego o de uso del agua destinada a ese fin. Sin embargo, ¿cuales son los límites de esta práctica?; en específico, ¿han habido cambios en la sociedad rural?; ¿cuán importante es la tierra en medio de esos cambios?; ¿lo es para las mujeres rurales?

Desde la década del sesenta, la distribución de la tierra ha variado mucho en América Latina. En el Perú, enfrentamos una reforma agraria a finales de dicha década, seguida por políticas más bien contrarias a ella en los años posteriores. Así, en la década del noventa, cuando primaron los esquemas neoliberales en las políticas públicas de la región, se inició un proceso de liberalización del mercado de tierras del que formaron parte los programas de titulación de tierras. Sin embargo, la reflexión sobre el caso de las mujeres no ha seguido el ritmo de los cambios sociales y económicos de la región, mucho menos en lo que atañe a nuestro tema de estudio. De hecho, la estructura de la propiedad de la tierra en el Bajo Piura ha experimentado diversos cambios desde principios del siglo XX. Mientras que a comienzo de siglo, bajo el influjo del auge del algodón, predominó el sistema de haciendas con una tecnología desarrollada, que a su vez convivía con pequeñas propiedades comunales, en la actualidad prevalece la pequeña propiedad poco rentable en términos agrícolas y basada en el cultivo de algodón y arroz, entre otros productos.

Uno de los principales textos sobre la situación de la mujer rural en América Latina es el editado por León y Deere,¹² que reúne una serie de investigaciones realizadas en Brasil, México y otros países latinoamericanos sobre el trabajo femenino, que en ese entonces era uno de los temas centrales de las investigaciones sobre las mujeres. En el Perú, el estudio sobre la propiedad de la tierra y las mujeres rurales se centra en la reflexión de los años ochenta, que buscaba resaltar la participación de la mujer en las actividades productivas para refutar las ideas que dominaban en ese entonces sobre la casi nula participación femenina en dichas labores. Esos trabajos también analizan el impacto de las políticas agrarias (como la reforma agraria) en diversos países latinoamericanos, unos procesos que, según se desprende de ellos, excluyeron a las mujeres en tanto no fueron las beneficiarias.

Aunque en el caso peruano es un común denominador que las investigaciones se centren en la sierra, hay que destacar el interesante y diverso aporte de las ciencias sociales sobre el caso de las mujeres en la costa norte del país. Entre los trabajos más importantes encontramos *La mujer en el Chira*¹³ y «Reforma agraria y condición socioeconómica de la mujer: el caso de dos cooperativas agrarias de producción peruana»,¹⁴ ambos de Blanca Fernández; «La mujer y la doble jornada: estudio de la mujer campesina en la cooperativa Juan Francisco Velasco Gallo»,¹⁵ de Martha Arellano Cruz; *Rol económico de la mujer campesina*,¹⁶ de Emma Rubin de Celis; y los más recientes *Queremos trabajar: el papel de la mujer en las actividades en el valle del Chira, Perú*,¹⁷ de las holandesas Van Kempen y Klarenbeek, y de Eva Boyle, *Buscando nuevos caminos, la realidad de hombres y mujeres de la costa peruana*.¹⁸ En el ámbito rural norteño, tenemos además la investigación sobre la familia y las relaciones de clase realizada en Cajamarca por Deere,¹⁹ quien analiza la familia campesina en el marco de la historia económica de Cajamarca. Este último estudio demuestra cómo las bases materiales construidas mediante las relaciones de producción (la propiedad de la tierra, entre otras) sustentan un modelo que mantiene dicha subordinación y que a su vez se alimenta de un contexto de relaciones y procesos socioeconómicos, políticos e ideológicos.

12. Magdalena León y Carmen Diana Deere, *La mujer y la política agraria en América Latina*, Siglo Veintiuno y Adep, 1986.

13. Blanca Fernández, *La mujer en el Chira*, Piura: Cipca, 1982.

14. Blanca Fernández, «Reforma agraria y condición socioeconómica de la mujer: el caso de dos cooperativas agrarias de producción peruana», en Magdalena León de Leal (ed.), *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, Bogotá: Acep, 1982.

15. Martha Arellano, «La mujer y la doble jornada: estudio sobre la mujer trabajadora en la cooperativa comunal Juan Francisco Velasco Gallo», tesis para optar la licenciatura en antropología, Lima: PUCP, 1978.

16. Emma Rubin de Celis, et al., *Rol económico de la mujer campesina*, Piura: Cipca, 1982.

17. Van Kempen y Klarenbeek, *Queremos trabajar: el papel de la mujer en las actividades en el valle del Chira*, Utrecht: 1993.

18. Eva Boyle, *Buscando nuevos caminos, la realidad de hombres y mujeres de la costa peruana*, Piura: Diaconía para la Justicia y la Paz, 1997.

19. Carmen Diana Deere, *Familia y relaciones de clase. El campesinado y los terratenientes en la sierra norte del Perú 1900-1980*, Lima: IEP, 1992.

En el caso de Piura, el tema se ha estudiado en diversos trabajos que han tratado de aproximarse a la realidad de la mujer. Aunque existen algunos estudios más recientes, la mayoría se publicó a principios de los años ochenta, lo que demuestra la necesidad de contar con nuevas investigaciones que actualicen los hallazgos de las anteriores.

En la década del noventa, la investigación sobre las mujeres rurales dejó de centrarse en el trabajo femenino y la participación de la mujer en las labores agrícolas y comenzó a ocuparse de la participación política y las representaciones. Un trabajo que intenta retomar los esfuerzos de las investigadoras de los años ochenta es el de Klarenbeek y Van Kempen,²⁰ en el que se concluye que las mujeres juegan un rol protagónico en la movilización y organización de los recursos familiares usados para satisfacer sus necesidades básicas y reproducir sus condiciones de vida. Ambas encuentran que en el valle del Chira no hay muchas posibilidades para las mujeres, debido a que generalmente se busca compatibilizar el rol productivo con el reproductivo y a que en el mercado de trabajo las mujeres compiten con los hombres en condiciones completamente desiguales, lo que les obliga a emplearse en ocupaciones informales.

Habiendo la Academia feminista abandonado el tema, ¿qué dice el resto de la Academia sobre el mundo rural y el problema de la tierra? Aunque el propósito central de esta tesis no es discutir los cambios en el ámbito rural, es imposible hablar de la importancia de la tierra y de los derechos de propiedad sin mencionar el actual debate sobre el nuevo ruralismo, ya que sus resultados, aunque parciales, sientan las bases para cuestionar la importancia de la tierra.

1.2 EL NUEVO RURALISMO

En un debate abierto en 1992 por Vergara,²¹ continuado en 1994 por Rochabrum²² y luego por Revesz²³ y otros autores, se señalaba la necesidad de reevaluar las usuales categorías dicotómicas que definen lo rural por oposición a lo urbano y lo tradicional por oposición a lo moderno, a la luz de los cambios registrados, por un lado, en las sociedades nacional y rural, y por otro, en el pensamiento del ruralismo. Éste fue un debate que, además de presentar una interesante discusión sobre la definición de lo rural y urbano, subrayó la existencia de múltiples y profundos cambios en los espacios rurales que trastocaban incluso la definición de la categoría rural. Más que un ejercicio académico, estas discusiones sirvieron para dar cuenta de una serie de preguntas sobre procesos en curso en la sociedad rural, un reconocimiento que sentó las bases para cuestionar los tradicionales problemas en el agro

20. Van Kempen y Klarenbeek, ob.cit.

21. R. Vergara, «La ciudad y el campo: ¿una danza eterna?», en *Debate Agrario* N° 13, Lima: Cepes, 1992.

22. G. Rochabrum, «¿Mirando el campo con ojos urbanos?», en *Sepia V*, Lima: 1994.

23. B. Revesz, «Espacios rurales y sociedad nacional», en *Sepia VI*, Lima: 1997.

y la tierra como tema principal de estudio. Revesz, por ejemplo, concluye la discusión afirmando que en la comunidad académica peruana el mundo rural aparece como «un conjunto no sólo dinámico sino heterogéneo, plural, inmerso en redes múltiples que desbordan el espacio local y las instituciones comunitarias...». ²⁴ Esta afirmación demuestra de manera muy acertada las dificultades que implican estudiar esta nueva realidad.

Son pocos los trabajos que a partir del debate antes señalado intentan abordar la complicada tarea de caracterizar el nuevo mundo rural. Sin embargo, unos años después, Diez ²⁵ aceptó ese reto en una ponencia de balance presentada al Sepia VII. En ella, el autor llamó la atención sobre los cambios desatados en la sociedad rural, caracterizándolos como parte de un proceso de modernización ocurrido desde los años setenta. Este análisis se realizó sobre la base de tres ejes: la democratización y el ejercicio ciudadano; los cambios en la propiedad, en el grado de desarrollo del mercado y en los comportamientos económicos; y, como resultado de ambos procesos, las variaciones en las mentalidades y en la estrategia de movilidad de la población.

Revisando exhaustivamente la bibliografía académica y centrando su análisis en el ejercicio de elección de representantes, la proliferación de organizaciones y la aparición de nuevos actores, Diez identifica un proceso de democratización en la sociedad rural enmarcado en un proceso general de integración de lo rural a lo nacional. Encuentra entonces una proliferación de organizaciones que, más allá de representar un mayor ejercicio de ciudadanía, responden a los diversos intereses y necesidades de múltiples actores, en un universo en el cual las antiguas organizaciones de corte reivindicativo gremiales han perdido importancia frente a una crisis de representaciones. Las nuevas organizaciones, aunque con cierto comportamiento democrático, conservan estructuras y conductas de corte paternalista y autoritario. Este universo de organizaciones está compuesto, en parte, por las organizaciones no gubernamentales y de mujeres, sin que ello implique necesariamente que haya cambios en las estructuras de poder que siguen siendo «masculinas», «urbanas» y «blancas». ²⁶

Estos cambios vienen acompañados del incontenible avance de la economía de mercado, que produce a su vez una mayor diferenciación entre el campesinado y los pequeños productores agrarios. Algunos de los componentes más importantes de este eje lo constituyen los cambios en la propiedad de la tierra, en la articulación de los procesos productivos y en los comportamientos económicos de los pobladores rurales. Los cambios registrados en la propiedad, más fuertes a partir de la

24. Ibid., p. 315.

25. A. Diez, «Instituciones, comportamientos y mentalidades en la sociedad rural», en V. Agreda, A. Diez y M. Glave (eds.), *Sepia VII. El problema agrario en debate*, Lima: ITDG, 1999.

26. Ibid., p. 254.

reforma agraria, han configurado una distribución de la tierra donde impera la pequeña propiedad, la agricultura en desmedro de la ganadería y los procesos de diferenciación.²⁷ Estos procesos generan una heterogeneidad tan grande que cuestionan las categorías de campesino y pequeño agricultor. Además, han generado un amplio sector de campesinos sin tierra, caracterizados por su falta de organización y movilidad.

El debate académico da cuenta de una serie de cambios profundos en la sociedad rural que atañen a diferentes ámbitos: el económico, el político y el social. Sin embargo, cabe preguntarse cuán central es el problema de la tierra en la sociedad rural actual.

Más del 70% de la población del país es considerada urbana, lo que según algunos autores ha implicado que la agricultura pierda importancia como actividad principal para el desarrollo del país. Sin embargo, a pesar del crecimiento de las ocupaciones no agrícolas,²⁸ la agricultura sigue representando una importante fuente de empleo rural. Cabe preguntarse si el incremento del número de personas que trabaja en el sector servicios implica que el número de empleados en el agro haya disminuido. Al respecto, Blum²⁹ plantea que hay que considerar las ínfimas posibilidades que tiene el pequeño campesino de sobrevivir exclusivamente del producto de sus tierras. Por otro lado, como lo señalan Díez y Gonzales de Olarte, entre otros autores,³⁰ una de las estrategias de sobrevivencia de las familias campesinas bastante documentada es la de migrar en busca de un empleo temporal o estacional, sin que ese empleo suponga que los campesinos con tierra abandonen del todo las labores agrícolas.

A partir de la década del noventa, la mayoría de los trabajos revisados sólo alude de manera parcial al problema de la tierra. Cuando se lo menciona, se habla básicamente del mercado de tierras y del impacto de la liberalización de ese mercado como producto de las reformas llevadas a cabo a inicios de los años noventa. Otros trabajos que dan algunas pistas acerca de los actores para quienes la tierra es un factor importante son los referentes a la pobreza rural. Así, por ejemplo, López y Della Magiiora³¹ identifican a los trabajadores agrícolas sin tierra como los más pobres, seguidos por los campesinos y los pequeños productores. Aunque no se puede llegar a ninguna conclusión sobre si la tierra ha ganado o perdido importancia dentro del proceso de cambio de la sociedad rural, puede decirse que como un bien económico tiene un interés fundamental para la sobrevivencia de quienes vi-

27. *Ibíd.*, p. 256.

28. M. Valdivia y M. Robles, «Decisiones laborales en las economías rurales del Perú», en *Notas para el Debate* N° 14, Lima: Grade, 1997.

29. V. Blum, *Campesinos y teóricos agrarios: pequeña agricultura en los Andes del sur del Perú*, Lima: IEP, 1995.

30. A. Díez, ob. cit. E. Gonzales de Olarte, *En las fronteras del mercado. Economía política del campesinado en el Perú*, Lima: IEP, 1994.

31. Citados por C. Trivelli en «Pobreza rural: investigaciones, mediciones y políticas públicas», en *Sepia VII*, Lima: ITDG, 2000.

ven de la agricultura y que, en especial, sirve como una red de protección para los más pobres. De ahí la importancia del derecho a la propiedad.

1.3 EL VALOR DE LA TIERRA PARA LAS MUJERES RURALES

Una gran parte de las reformas neoliberales de la década del noventa se basó en la importancia de la propiedad privada para promover el desarrollo económico. Por ejemplo, se entendió que contar con un título de propiedad permite a los individuos acceder a créditos formales. Sin embargo, se ha comprobado que la distribución de los bienes económicos es dispar entre hombres y mujeres. ¿De qué manera repercute esto en las mujeres? Por un lado, algunos autores, como Deere y León, señalan que, dado que las condiciones económicas de las familias no están repartidas por igual entre sus miembros, las mujeres se encuentran en riesgo de pobreza. Por otro, Argawal indica que debido a las diferencias en la orientación del gasto por sexo, la pobreza y el bienestar físico varían de manera significativa si una mujer tiene acceso directo a la tierra o si sólo lo tiene a través de su pareja. Se asume que la propiedad hace posible tener fuentes alternativas de ingreso, como el arrendamiento, y sirve de garantía para obtener créditos y para poder contar con una asistencia técnica, entre otros elementos.

Unos temas relacionados con la propiedad de la tierra bajo riego en las sociedades rurales son los de la participación en organizaciones y el empoderamiento o el proceso por el cual un individuo adquiere poder para controlar sus opciones de vida, sus bienes económicos, sus opiniones o su sexualidad.³² Sin entrar en el debate sobre la definición de empoderamiento, la participación en espacios de toma de decisiones, más allá del hogar, incluye formar parte de organizaciones de agricultores y/o de usuarios de los servicios de agua de riego, para lo cual la propiedad de la tierra es indispensable.

La importancia de la propiedad de la tierra para las mujeres rurales radica en que este bien se convierte en un activo que puede funcionar como una red de protección frente a diferentes situaciones, como el abandono y la pobreza. Tener una tierra bajo riego implica poder ejercer una actividad económica para sobrevivir o tener un activo que se puede alquilar o vender si hace falta ingresos.

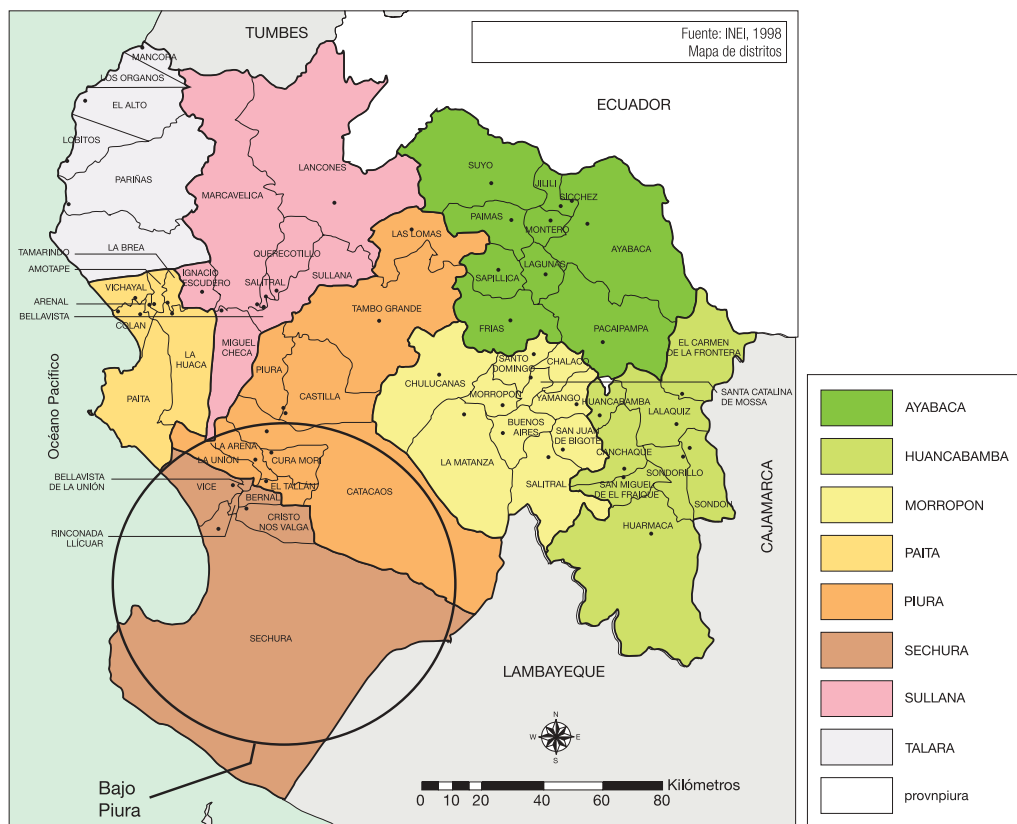
En este punto, cabe plantearse una serie de preguntas sobre lo que ocurre actualmente en el espacio de estudio. Tomando en cuenta los cambios habidos en las relaciones de propiedad del Bajo Piura rural, ¿de qué manera el acceso a la tierra de las mujeres se ha visto afectado por la copropiedad?; ¿qué beneficios y limitaciones tiene esta política de intervención?; ¿ha redundado en una mayor participación de las mujeres en los espacios de toma de decisiones concernientes a los recursos tierra y agua?; ¿por qué? Estas preguntas se resolverán a lo largo del documento.

32. C. Deere y M. León, ob.cit.

2. VIVIENDO EN EL BAJO PIURA

El Bajo Piura ha sido estudiado por numerosos autores.³³ Esta región, compuesta por once distritos ubicados en las provincias de Piura y Sechura,³⁴ se extiende desde la capital del departamento hasta el litoral del Pacífico. «El espacio ubicado entre Piura y Castilla por un lado, y el pueblo de la Unión por el otro, corresponde al territorio de la Comunidad Campesina San Juan de Catacaos [...]. El espacio que se extiende desde la Unión hasta el mar corresponde al territorio histórico de la Comunidad San Martín de Sechura, y va a dar pie, a partir de 1994, a la nueva provincia de Sechura...».³⁵ Los once distritos del Bajo Piura encierran a su vez a 33 centros poblados, algunos muy dispersos. Por su historia y organización, el Bajo Piura presenta dos espacios diferenciados: Sechura y Catacaos. Sin embargo, ambos comparten rasgos comunes, tal como lo evidencia el análisis empírico.

Distritos en la Región Piura



33. B. Revesz et al., ob.cit., 1997.

34. Estos distritos son: Bellavista de la Unión; Bernal; El Tallán; Catacaos; Cristo nos Valga; Cura Mori; La Unión; La Arena; Rinconada Llicuar; Sechura; y Vice.

35. B. Revesz, *et. al.* ob. cit, p. 534.

Según el último censo (1993), 170,429 personas viven en el Bajo Piura, donde la población rural se caracteriza por ser predominantemente joven. El porcentaje de la población menor de 15 años es de 46.3%, una suma mayor que la del departamento, que es de 40.3%.

Las condiciones de vida de los pobladores del Bajo Piura son difíciles, en la medida en que la mayoría no tiene acceso a los servicios básicos, como el agua o el desagüe. Además, existen diferencias en ese acceso. Las poblaciones con más centros poblados rurales son las que más carecen de servicios, principalmente debido a la dispersión de esos centros en algunos distritos.

En el tema del acceso a la educación, según el último censo, la mayoría de la población cuenta con educación primaria, aunque se registran altos porcentajes de población sin ningún nivel educativo, como sucede en Cura Mori (28%), El Tallán (22.36%), La Arena (con más del 29%). No obstante, existen distritos, como los Bellavista, De la Unión o Cristo Nos Valga, donde esa situación sólo alcanza al 9% de su población.

En esta región, los niveles educativos han variado con el paso del tiempo y sus diferencias se pueden observar entre una generación y otra. En una encuesta realizada en el año 2000, se puede ver que en la generación de individuos mayores de 39 años, los niveles educativos de las mujeres son muy bajos: la mayoría sólo ha estudiado la primaria incompleta o no ha cursado nunca estudios. No ocurre lo mismo con los varones. En la segunda generación, es decir entre los 15 y 39 años, se puede observar que el nivel educativo de las mujeres ha aumentado, aunque siguen existiendo diferencias entre ellas y los hombres. En esta segunda generación, las diferencias en los niveles educativos completos son notorias: mientras que el 14% de las mujeres tiene primaria completa, el 20% de los hombres la tiene; y mientras un 4.8% de mujeres tiene educación secundaria completa, 14% de los hombres ha completado la secundaria. Lo mismo se puede observar en el nivel educativo superior.

La economía en el Bajo Piura, principalmente en el área rural, gira en torno a las actividades extractivas, que generalmente tienen una baja productividad y, por lo tanto, ingresos reducidos. Habría que agregar que tanto la actividad agrícola como la pesca son susceptibles al clima, lo que provoca un alto grado de riesgo y fluctuaciones en los ingresos a lo largo del año. Esta situación genera que las familias recurran a diversas estrategias de sobrevivencia sobre la base de las posibilidades de cada uno de sus miembros. En las economías periféricas, estas estrategias se fundan frecuentemente en la familia más que en el individuo. Generalmente, el centro de esta organización es la pareja conyugal, donde se puede observar que las mujeres suelen ajustar sus actividades económicas a las de los varones de la casa.³⁶

36. Carolina Moser y Kate Young, 1982. Ver referencia bibliográfica completa en la tesis.

3. EL IMPACTO DEL PETT EN EL ACCESO Y CONTROL DE LA TIERRA Y EL AGUA DE LAS MUJERES

La reforma agraria generó un proceso de diferenciación por género, en la medida en que las mujeres se vieron excluidas de la posibilidad de ser socias de las cooperativas. La asignación de la propiedad a los miembros de las cooperativas originó que se prescindiera de ellas.

Uno de los principales avances en los derechos de propiedad es el de la adjudicación y cotitulación de la tierra. El Proyecto Especial de Titulación de Tierras y Catastro Rural (PETT) se inició en diciembre de 1992 y funciona como un organismo dependiente del Ministerio de Agricultura, cuyo objetivo es perfeccionar la titulación y el registro de los predios rurales, así como formalizar la tenencia y el derecho a la propiedad privada de la tierra rural. En el ámbito nacional, los avances del PETT han cubierto la titulación y saneamiento de 1´876,409 propiedades; en la región de Piura, se registraron 100,955 títulos de propiedad hasta septiembre del 2001. No parecen haber registros clasificados por sexo, o al menos no se ha podido acceder a ellos. En la oficina del departamento de Piura se nos informó que tales registros no existían, así que es imposible contar con estadísticas que nos muestren el acceso diferenciado por sexo al programa de titulación conjunta. Sin embargo, una de las novedades del proceso es la insistencia, tanto en el ámbito nacional como en el de las oficinas departamentales, en la copropiedad de la tierra para lograr la titulación, lo cual significa que los nombres de las (los) esposas(os) o convivientes deben aparecer en los documentos de titulación.

La pregunta que nos planteamos en esta sección es si este nuevo procedimiento de inscripción ha cambiado en algo la imagen que se tiene del varón como propietario de la tierra y si ha redundado en favor de las mujeres, que son ahora copropietarias. Además, ya que el riego de las tierras agrícolas depende del Ministerio, a través de las juntas de riego y las comisiones de regantes, se busca analizar cómo participan las mujeres en esas instancias y si su intervención es ahora mayor, como consecuencia de los cambios registrados en el proceso de titulación de tierras. De hecho, la participación de las mujeres en las instancias de toma de decisiones sobre el agua es de capital importancia para observar cómo funciona la segregación de las mujeres en las diversas instancias de toma de decisiones locales.

De lo que se desprende de las entrevistas a diferentes funcionarios y pobladores de la zona, la propiedad formal no ha redundado en una real igualdad de la distribución de los bienes económicos entre hombres y mujeres, una evidencia que concuerda con lo que dicen Deere y León.³⁷ Además, la exclusión de las mujeres en el control del recurso les cierra también la posibilidad de poder participar en las ins-

37. Deere y León, ob. cit.

tancias de control del riego, algo que no sucede a nivel formal sino a través de otros instrumentos que legitiman la dominación masculina, como los discursos acerca del saber agrícola, y varios muy subliminales, como la separación de espacios (públicos y privados), entre otros.

El control efectivo de la tierra incluye el poder decidir cómo debe utilizarse y cómo deben manejarse los beneficios que produce. La propiedad de la tierra puede entonces aparecer como compartida, pero según muchas entrevistas, quien maneja ese recurso es el varón. Así, las mujeres viudas recurren a sus hijos; las casadas, a sus esposos; y algunas mujeres solteras, a sus hermanos.

Si bien es cierto que no se ha podido demostrar que existe una relación positiva directa entre la propiedad y el control del recurso, como señalan Deere y León,³⁸ la propiedad es un factor que reduce la vulnerabilidad de las mujeres. Casi todos los entrevistados, desde los funcionarios hasta algunos sectores de la población, mencionan la reducción del riesgo como uno de los beneficios de la copropiedad de la tierra. En principio, una mujer no puede ya ser fácilmente abandonada y despojada de su tierra por su conviviente, pues su nombre aparece registrado en el título del predio. Sin embargo, si ello ocurre, ¿cuántas mujeres reclaman su derecho?

En un sistema donde las mujeres se sienten y son vistas como carentes de preparación para desempeñarse en las esferas públicas y donde la sanción social es fuerte, esos casos pueden ser minimizados. Las mujeres no se asumen como sujeto de derecho de propiedad de la tierra. Esto no significa que todas las mujeres del Bajo Piura carezcan de capacidad de agencia sino que ésta puede depender de sus contactos o redes, de la educación y del apego a la tierra. En algunas entrevistas se puede notar que aunque algunas mujeres saben que tienen derecho a acceder al recurso, no se sienten capaces de reclamar. Los casos de hermanos que toman tierras heredadas por las mujeres son los más comunes. Sin embargo, ellas se sienten incapaces de actuar y de negociar: «Qué se va a hacer, señorita», es la respuesta más habitual cuando ello ocurre.

Deere y León argumentan que la propiedad y el control de la tierra aumentan las posibilidades de producción y de acceder al crédito y a una mayor información de las mujeres. En ese caso, habría que pensar si la copropiedad tiene el mismo efecto. Como se ha observado, la copropiedad por sí misma no logra convertirse en un mayor control y, en el caso del crédito, implica añadir una firma a un documento, pues aunque se puede consultar sobre él, su uso no siempre se consulta.

Por otro lado, se ha podido constatar que la mayoría de los pobladores entrevistados, que tienen en común el bajo nivel de producción de sus tierras (debido a que en el Bajo Piura rural, la mayoría de los predios tiene menos de cinco hectáreas),

38. Deere y León, ob. cit.

considera que pedir un préstamo sobre la base de su terreno conlleva el riesgo de perderlo, un peligro que los pobladores no están dispuestos a asumir, especialmente cuando se trata de instituciones formales de crédito, como los bancos y las cajas municipales. Los créditos informales, que no exigen la tierra como garantía, y los semiformales, cuyas exigencias son consideradas menores, son más populares.

Un asunto mayor sobre el crédito es el observado en un trabajo anterior sobre el crédito para los pequeños negocios rurales en Piura,³⁹ donde se demostró que en muchos casos los créditos solicitados por clientas mujeres en las instituciones formales (la Caja Municipal de Piura y Edpyme) se destinan a los esposos. La mujer aparecía como solicitante en la medida en que era copropietaria de la garantía (un terreno o una casa) y se consideraba que disponía de más «tiempo libre» que el hombre para realizar los trámites.

La asistencia técnica presenta un problema, ya que aunque se considera que tanto los agricultores hombres como mujeres pueden participar en los cursos o talleres, en muchos casos las entrevistadas manifiestan que ellas generalmente no asisten porque los horarios son difíciles y coinciden con las horas en que ellas cocinan o se encargan del negocio. Esto también tiene que ver con el miedo de asistir a las reuniones, con que las mujeres no se sienten preparadas, no manejan los temas y temen no saber la respuesta a las preguntas que se les hace. Esto último también se pudo observar en el momento de hacer la encuesta de finales del año 2000. Se advirtió que muchas encuestadas temían responderla, aludían a que no sabían y a que tal vez el tema era muy difícil, e incluso llamaban a sus esposos o ellos se presentaban para tratar de responder las preguntas, aun aquellas que se referirían a las labores cotidianas de las mujeres.

Antes de pasar al siguiente punto, y para no terminar esta sección con una sensación de auténtico pesimismo, es necesario decir que aunque los problemas que las mujeres enfrentan para ejercer un control real de la propiedad son numerosos y sus condiciones de vida actuales (el nivel educativo, la percepción acerca de su condición de ciudadanas, etc.) son desfavorables en el área de estudio, hay bases legales para mejorar esta situación, especialmente considerando la exclusión que marcaron los códigos anteriores y la reforma agraria respecto al tema de propiedad.⁴⁰

En lo que se refiere al derecho de participar en las organizaciones de usuarios de agua, un problema que subsiste en la práctica es que los mecanismos mediante los cuales se otorga ese derecho muchas veces excluyen a las mujeres. Esto ocurre en

39. Emma Gallardo y Gina Alvarado, 2002. *Estrategias de microcrédito rural: ¿es la banca solidaria más eficiente que el crédito individual?*, Piura: Cipca, 2002.

40. Existen innumerables estudios al respecto, ver Deere y León, ob. cit.; Fernández et al., *Mujer rural y desarrollo: por una titulación de tierras con equidad, una experiencia para compartir*, Lima: Flora Tristán, 2000; e Ivonne Macassi León, *Informe sobre legislación y mujer rural*, Documento de Trabajo, Lima: Flora Tristán, 1996, entre otros.

las asociaciones técnicas de administración del riego. Según Antoine Kome,⁴¹ esta exclusión ocurre en los siguientes casos: cuando el título de propiedad señala un solo propietario, se reconoce al que aparece en el título sin verificar su estado civil; cuando en el título figura que el propietario es casado y no el nombre de la cónyuge, sólo se reconoce al primero; y cuando el nombre del cónyuge aparece, se reconoce el primer nombre, que generalmente es el del marido. Se puede advertir, entonces, que aunque la propiedad de la tierra sea femenina, se excluye a la mujer de la participación en la toma de decisiones sobre el principal recurso para realizar la actividad agrícola, lo cual refuerza y sustenta el que generalmente sean los hombres quienes se encargan del manejo de la tierra.

En una situación en la que los hombres son pensados y vistos como proveedores, las mujeres sólo se hacen cargo de la tierra cuando no tienen esposo, porque son viudas o han sido abandonadas, y cuando además no tienen hijos o hermanos que puedan asumir esa responsabilidad. Algunas mujeres optan por alquilar sus tierras, mientras que otras deciden ocuparse de ellas. En las entrevistas, se ha encontrado que una de las principales diferencias entre las mujeres que escogen alquilar su tierra y las que optan por trabajarla son los contactos o redes en los que existen demandantes para tal acuerdo. Uno de los factores que hace que una mujer desista de la idea de dar su tierra en alquiler es el temor a perderla. Por otro lado, cuando el tamaño de la tierra a trabajar o el tipo de producto requieren de un esfuerzo mayor al que ellas pueden realizar, algunas contratan peones.

La otra pregunta que surge ahora es por qué si algunas mujeres manejan sus tierras, otras no lo hacen. Las entrevistas sugieren que los hombres son los encargados del manejo de las tierras; ellos tienen el conocimiento e interactúan en sus propias redes sociales. En este punto se debe reconocer que «la acción económica y las instituciones están constreñidas por relaciones sociales y que construirlas o entenderlas como independientes es un grave malentendido [...]. La acción económica y sus productos están, como toda acción social, afectadas por la diada de actores y por la estructura de redes sociales...».⁴²

Este punto de vista nos ayuda a entender que las decisiones de las personas como actores sociales no sólo obedecen a una lógica racional utilitaria. La toma de decisiones está mediada por una serie de constreñimientos relacionados con los roles asignados sobre la base de la diferenciación sexual, entre otros factores. En este caso, es necesario reconocer que «los agentes sociales están dotados de habitus, incorporados en sus cuerpos a través de las experiencias incorporadas»,⁴³ una es-

41. Antoine Kome, «La copropiedad de la tierra, el derecho de uso de agua y el derecho de asociación», en *Experiencias de SNV-Perú en gestión local de recursos naturales. La cuenca Chancay-Lambayeque*, Lima: Tarea, 2000, pp. 19-28.

42. Mark Granovetter, «Economic action and social structure: the problem of embeddedness», en *American Journal of Sociology*, 1991.

43. Pierre Bordieu, *Meditaciones pascalinas*, Barcelona: Anagrama, 1999, p. 183.

pecie de sentido práctico que les permite actuar como es debido. Algunas mujeres señalaron que se encargaban de la tierra porque era lo común entre sus antepasados, es decir, porque la abuela o la madre lo habían hecho y ellas lo asumían como una práctica habitual y reproducían ese esquema.

El caso de Rosa Flores nos muestra cómo funciona este mecanismo. Rosa creció en una familia de agricultores cuyas tierras se fueron disgregando con el paso del tiempo mediante la herencia. Sin embargo, durante su niñez, Rosa observaba cómo su abuela trabajaba la tierra junto con su abuelo, quien era el propietario. Cuando el abuelo murió, la abuela siguió trabajando la tierra con la ayuda de sus hijos y, a la vez, desarrollaba otras actividades, como el pastoreo de cabras y el recojo y venta de leña. Al fallecer la abuela, se procedió a repartir la herencia. La madre de Rosa repitió el mismo patrón con una extensión menor de terreno y nuevamente éste se repartió cuando la madre murió. Este proceso es común en el Bajo Piura y explica en parte por qué las propiedades de tierra son en promedio pequeñas.

Rosa, además, es madre soltera. Sus compromisos nunca duraron, tiene tres hijos que viven con ella y que se quedan en casa cuando ella va a vender y cuando recoge leña, entre otros asuntos. Lo que ella tiene es lo que sus hijos recibirán. La tierra, entonces, es lo que asegurará a su descendencia un lugar donde vivir y asentarse. Las modalidades de trabajo de la tierra de Rosa son las más comunes entre las mujeres propietarias que deciden trabajar la tierra por sí mismas: contratan peones para emprender aquellas tareas que ellas no pueden realizar. Los casos de las mujeres propietarias que tienen esposo, hermanos o hijos son en su mayoría diferentes. La mujer puede aparecer como propietaria, pero es el esposo, el hermano o el hijo quien participa en la junta de usuarios de riego y quien recibe el apoyo técnico y el crédito agrícola, de conseguirlo. En el caso de la mayoría de las mujeres del Bajo Piura, se recurre al trabajo en diversas actividades. Algunas trabajan en huertas, tanto para el autoconsumo como para el mercado. Otras también se emplean como peones en las mismas condiciones que los hombres para la paña de algodón, especialmente cuando hay una mayor demanda de mano de obra. Por lo tanto, las mujeres participan en actividades relacionadas con la agricultura de diversas formas: un grupo pequeño maneja su propia tierra; algunas trabajan como parte de la mano de obra familiar en las actividades que se llevan a cabo en sus propios terrenos; y otras se emplean como peones para tareas específicas y por periodos cortos y estacionales. Estas labores, sin embargo, no son excluyentes: forman parte de un portafolio de actividades y aumentan la jornada de trabajo femenino.

En su discurso, los hombres y mujeres viven en pareja: no pueden vivir solos. Según el discurso dominante, las mujeres son madres y hacendosas, sólo pueden trabajar en ciertas labores, no tienen fuerza, no pueden negociar, no tienen los conocimientos necesarios como para ocuparse de la tierra y no pueden aprenderlos porque son mujeres. Los hombres, en cambio, no pueden encargarse por sí solos de la casa, pero a diferencia de las mujeres, son fuertes.

4. LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN DIFERENTES ORGANIZACIONES DE RIEGO Y DE BASE

En esta sección desarrollaré algunos temas que se basan en el trabajo de campo realizado, que consistió en diversas entrevistas a usuarias y a funcionarios. Las juntas de riego que operan en el área de estudio son las juntas del Medio y Bajo Piura y la junta de Sechura. Se recogió información de las comisiones de las juntas del Medio y Bajo Piura que están en el Bajo Piura, mientras que en el caso de la junta de Sechura, se visitó las cuatro comisiones que la conforman.

En principio, para formar parte de una comisión de regantes es necesario ser el titular de un predio. Una sola persona puede representar a la propiedad. Son generalmente los varones quienes lo hacen, ya que sólo sus nombres figuran en el título o el de sus cónyuges aparece en segunda instancia. Esto no se pudo comprobar del todo, ya que no existen listados clasificados por sexo. Sólo una de las más de once comisiones visitadas tiene una mujer como miembro de los comités directivos. En ese caso, la mujer era la secretaria de actas y su papel se limitaba a apuntar lo que sucedía en la asamblea, pedirle al presidente que llamase a la gente y acomodar la mesa central antes de empezar la reunión.

Durante el trabajo de campo se observaron dos asambleas de socios. En ellas, las mujeres estaban generalmente sentadas al fondo del local y no participaban, salvo para firmar los padrones al final de la reunión. Incluso es ese acto, eran casi las últimas en hacerlo. En una de esas asambleas hubo un caso especial. Los comités cuentan con algunos empleados que se encargan de los cobros. En la oficina de una de las comisiones, la encargada era una mujer que había quedado embarazada y a quien decidieron despedir porque no querían asumir los pagos por maternidad. El tema se incluyó en la asamblea para discutir el pago de los derechos laborales por cese de contrato, ya que la empleada (de la ciudad) amenazó con demandar al Ministerio de Trabajo. Luego de una ardua discusión, se decidió cubrir esos derechos, pero además, no volver a contratar a una mujer para esa tarea ya que era demasiado caro y riesgoso por los embarazos. Por otro lado, el comentario final fue que una mujer no podía ganar dinero por estar sentada. Las mujeres de la sala nunca opinaron al respecto. Al salir, mientras tomaban chicha, comentaban entre ellas con la chichera que era un escándalo que una mujer ganara tanta plata (alrededor de trescientos soles) sólo por sentarse y llenar unos papeles.

Cuando se conversó con varias de las mujeres entrevistadas, que aparecían o no en el listado de la comisión, surgieron muchos de los temas comentados en las secciones anteriores. Muchas consideraban que la participación en los comités era una cuestión de hombres, relacionada con la agricultura, que es un saber masculino. Aunque algunas manejaban tierras a su nombre, era su esposo quien participaba en esas reuniones. Ellas pagaban las cuotas, porque «tienen más tiempo libre», pero intervenir era muy difícil. Aunque se entrevistó a personas con diferentes nive-

les educativos, algunas de las cuales incluso tenía un trabajo profesional (por ejemplo, profesora), consideraban que ese espacio era masculino. Recuerdo la conversación con tres hermanas que habían vivido toda su vida en una casa manejando más de ocho hectáreas. Ellas decían que tenían que llamar a sus hermanos para los arreglos con los peones. Dos de ellas eran solteras y sin hijos, y la otra era madre soltera. Cuando supieron que yo no me había casado, me dijeron que tenía que conseguir un marido porque la vida era muy difícil sin un hombre, especialmente en el Bajo Piura.

Buscando mayores espacios de participación de las mujeres, tratamos de acercarnos a las organizaciones de subsistencia y encontramos que existen distintas formas de participar en ellas. Las madres tienen una participación activa en algunas de esas organizaciones, mientras que en otras la participación se reduce a recoger y repartir alimentos.

En el primer caso, hemos podido observar que las mujeres participan activamente en las organizaciones donde existen varios comedores y comités del Vaso de Leche, que cuentan con una presidenta, una vicepresidenta y con otros miembros que se turnan para preparar los alimentos y la leche. En esos lugares, se realizan también otras actividades, como las reuniones semanales con los organismos que los proveen, entre ellos el Programa Nacional de Asistencia Alimentaria (PRO-NAA), el cambio de directivas y las sesiones de coordinación con las madres de la zona. La participación en estas actividades genera un interesante espacio de intercambio de experiencias entre las mujeres, así como un espacio abierto mediante el cual esas personas pueden acceder de manera organizada a otros canales de participación en la comunidad.

La participación de las mujeres en estos ámbitos ha sido largamente estudiada por muchos autores.⁴⁴ Se sabe que este tipo de espacio genera una serie de cambios, especialmente cuando esas organizaciones se vinculan con algún organismo con el cual trabajan acciones orientadas a capacitar a las mujeres o a enseñarles a manejar asuntos como la violencia doméstica. Además, se conoce del peso que tiene el apoyo externo para esas organizaciones. Al respecto, podemos referirnos a las experiencias de trabajo del Cipca y Diaconía en Piura. Las intervenciones dirigidas a las mujeres son más fuertes en los valles del Chira, Medio y Alto Piura, donde las organizaciones de mujeres son más dinámicas. En el Bajo Piura, las organizaciones de mujeres difícilmente se ocupan de actividades que no sean las consideradas femeninas. Según la encargada del programa de equidad en Diaconía, «para la mayoría de ellas, la movilización se daba sobre la base de dar una alternativa de alimentación a sus familias. Para un grupo reducido ésta fue una posibilidad de

44. Ver, por ejemplo, Cecilia Blondet y Carmen Montero, *La situación de la mujer en el Perú, 1980-1994*, Lima: IEP, 1994; y Carmen Chira, «Hacia una clasificación de la campesina peruana», tesis de magistratura en sociología, Lima: PUCP, 1989, entre otros numerosos trabajos.

construir un espacio para posicionarse a nivel de lo público. Sin embargo, esto no implicó un cambio mayor, logran un reconocimiento público como buenas mujeres realizando labores relacionadas a lo femenino, salud, educación, campañas de prevención. Lo veían como cuidado de sus hijos pero en el ámbito más público». ⁴⁵ Las organizaciones de mujeres, como tales, se centran en conseguir los recursos para el vaso de leche o el comedor y en organizar la elaboración de las comidas y otras actividades durante las festividades religiosas. En otros casos, la modalidad de participación se limita a recoger alimentos.

En una de las poblaciones visitadas, cuando se planteó crear un comité del Vaso de Leche en la zona, la iniciativa fue en un principio bien considerada debido a la difícil situación económica de los pobladores. Sin embargo, con el transcurrir de los meses comenzó a haber un cierto malestar en la comunidad, porque algunos sentían que al tener que cocinar fuera de la casa y repartir los alimentos, las madres descuidaban a sus hijos. El reclamo de los varones fue tan fuerte, que las madres decidieron cambiar de directiva y simplemente limitarse a recibir los alimentos y distribuirlos entre la población.

La sanción social por participar en espacios fuera del hogar puede ser muy fuerte. En una entrevista se comentó que algunas mujeres que trabajaban frecuentemente en las organizaciones tuvieron que dejar de hacerlo por un problema de violencia doméstica. La participación de las mujeres en los gobiernos municipales como regidoras también presentó múltiples problemas: «en el cuerpo edil tenían una posición más hacia que el alcalde asuma, que ellas no podían, entonces se centraron más en los temas sociales, pero sin mayor capacidad de propuesta, faltó trabajo, fortalecerlas...». ⁴⁶

5. FISURAS EN EL MODELO: DE DÓNDE VIENE EL CAMBIO...

Al referirnos a las fisuras en el modelo, nos referimos principalmente a lo que Teresa del Valle ⁴⁷ llama fisuras incipientes: los cuestionamientos iniciales a comportamientos tradicionalmente aceptados. Estas fisuras pueden en un momento generar un cambio. Aunque según Bordieu, ⁴⁸ el efecto de desnaturalización o la «relativización» de las estructuras naturalizadas se genera casi siempre como resultado del encuentro con estilos de vida diferentes, consideramos que esto también ocurre con un cambio de contexto, con sucesos coyunturales o situaciones de variación en la estructura económica que hacen que los sujetos se encuentren o asuman estilos de vida diferentes.

45. Entrevista a Laura Quezada, encargada del Programa de Equidad para la Justicia y la Paz de Diaconía.

46. *Ibid.*

47. Teresa del Valle, 1999. Tesis de magistratura en sociología. Ver referencia bibliográfica completa en la tesis.

48. P. Bordieu, *ob. cit.*

Algunas entrevistas nos presentan un discurso y una práctica diferentes a los tradicionales de las madres de otras generaciones e incluso de una misma generación. Un ejemplo de ello es el discurso de María Olivares. Su madre y ella enfrentaron circunstancias que las hicieron entrar en el mundo del trabajo, el cual siempre existió para María. Ella empezó a trabajar desde que era adolescente y continuó realizando distintas labores que le permitían subsistir. El abandono de su pareja ha justificado más su obligación de trabajar, pero también le hace darse cuenta de la importancia de las actividades que realiza y le hace cuestionar el concepto de ayuda. Ella no ayuda a nadie, ella provee a su familia. María siente que sus hijos pueden vivir de manera distinta, que los roles pueden cambiar. Aunque las profesiones que imagina para ellos son ciertamente las tradicionales para el hombre y la mujer en el campo (donde las personas con cierta autoridad son el ingeniero o la profesora), siente que una profesión ayudará a sus hijos a tener una vida diferente. En el caso de su hija, una profesión la ayudará a ser menos sufrida, a ser diferente de ella que no pudo estudiar. María cuestiona el que las mujeres no puedan proveer, porque ésa ha sido la historia de su vida. Su experiencia la ha llevado a ver a las mujeres como personas con las mismas capacidades que los hombres.

Por otro lado, el mismo reconocimiento del trabajo como tal de ciertas entrevistadas y de algunos varones representa una fisura frente al tradicional trabajo invisible de la mujer. Advertir que la mujer trabaja es un primer paso para reconocer que es capaz de proveer.

La mayoría de las jóvenes considera que las mujeres deberían tener el mismo acceso a la educación que los hombres, porque piensan que a través de ella pueden salir adelante y que la situación de sus madres se debe a su bajo nivel educativo. Manifiestan haber comprendido esto en la escuela, donde sus profesoras les enseñaron que las mujeres tienen posibilidades de elegir, aunque éstas pueden verse limitadas por los problemas económicos que enfrentan. Aunque el reconocimiento de la educación como un mecanismo para tomar decisiones propias proviene en parte de los profesores, las madres que fluctúan entre los 35 y 40 años de edad también hablan de ello en la crianza. Ellas dicen que sus madres se dedicaron a la casa porque no pudieron estudiar y que ellas quieren hacerlo para salir de su situación y ayudar a sus padres.

Los cambios en el mundo laboral, las migraciones y el aumento de las necesidades de la población han contribuido a crear estas fisuras en las representaciones hegemónicas de la masculinidad y la feminidad.

6. CONCLUSIONES

El mundo rural es un mundo cambiante. Como lo demuestra el debate académico, los cambios económicos, culturales y políticos en él han sido muy profundos, lo

cual ha llevado a debatir categorías como lo rural, lo urbano y dicotomías tradicionales. Entre estos cambios figuran aquellos ocurridos en el ámbito del derecho formal en pro de la igualdad entre hombres y mujeres. Una parte de estos avances se relaciona con la distribución de los bienes económicos, que son considerados derechos económicos y sociales de las mujeres, y por lo tanto, reconocidos en el ámbito internacional como derechos humanos.

En el ámbito nacional, los avances en el derecho no han sido los mismos que en el internacional. Esto se puede observar en las leyes de titulación, que más que representar una acción positiva para las mujeres es una adaptación parcial al tratarse simplemente de la introducción del componente de cotitulación que implica que en el momento de titular un predio, el nombre del cónyuge, hombre o mujer, aparece en el documento. Los avances en el derecho tampoco se reflejan en una mejora directa de la distribución de los recursos entre los hombres y las mujeres, especialmente en lo que atañe a la tierra, ya que existen barreras sociales y culturales que reafirman esta desigual.

Como se puede observar en el caso estudiado, estas barreras son construidas y reafirmadas socialmente en una serie de aspectos que hacen que los posibles efectos positivos de la cotitulación de tierras se limiten a un aspecto formal, en el cual el derecho se convierte en una red de protección antes situaciones adversas. Sin embargo, muy pocas mujeres son concientes de que la propiedad de la tierra es un derecho y, por lo tanto, esta red de protección sólo sirve en casos excepcionales.

Las barreras sociales y culturales que se pueden observar en el Bajo Piura se manifiestan a través de una ideología en la que se otorga menos valor a lo femenino y en la que se oculta el trabajo de las mujeres bajo el concepto de que sólo constituye una ayuda, aunque en la práctica ellas incursionan en diversas actividades productivas. Las ideas sobre lo que se considera femenino y masculino se encuentran presentes en la vida diaria de los pobladores y se reproducen cotidianamente. Están presentes en la vida social, en la construcción de redes y espacios, y en la vida económica y política de la población. Según estas ideas, las mujeres son tales en cuanto pueden ejercer su rol de madres, esposas y encargadas de la reproducción familiar. En cambio, los hombres se consideran y son considerados por la mayoría como los encargados de proveer el sustento de la familia.

Los modelos de masculinidad y feminidad hegemónicos definen a los hombres como proveedores y dueños del espacio público y a las mujeres como las encargadas de las tareas del hogar y como madres cuyo espacio de desarrollo es el ámbito doméstico. Esto implica que a la par que los derechos y la distribución de bienes económicos son desiguales, también son diferentes las posibilidades que tienen las mujeres de participar en organizaciones más allá de aquellas que reproducen su rol de madre. Sin embargo, el comportamiento y las declaraciones de algunos pobladores que cuestionan dichos modelos hegemónicos constituyen posibilidades rea-

les de cambio. El acceso de las mujeres al mercado laboral fuera de su lugar de origen, o en algunos casos en él, tiene relación con los cambios que se están dando en la percepción de los roles masculinos y femeninos.